

1980. VARIEDADES.

Instrucción primaria.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar a los gobernantes, i a todos los que teniendo alguna influencia directa o indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instrucción primaria. Si esta se halla arreglada, si presiden a la misma la religión i la moral, resultarán los hombres mas instruidos i ménos viciosos, porque la jeneralidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada a carreras literarias, sino que viviendo en una condicion modesta conservan en el resto de sus dias lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasión de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la esperiencia.

Es mas difícil de lo que a primera vista pudiera parecer el que los maestros sean a propósito para desempeñar su misión. Quien no haya examinado las cosas de cerca, fácilmente se persuadirá que el enseñar a leer i escribir, el dar algunas nociones elementales de la religión i de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética i otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cualquiera, i que basta una diligencia regular para adquirir maestros excelentes. Sin embargo, la esperiencia está mostrando todos los dias que lejos de ser así, se tropieza con muchas dificultades, i que el fruto que de las escuelas se saca no es ni de mucho el que fuera de desear.

El enseñar a un niño exige mas laboriosidad, mas tino i discrecion del que comunmente poseen los destinados a esta carrera. No acudiendo a escuelas donde ellos puedan formarse antes de tomar sobre sí el cargo de formar a los demas, proceden frecuentemente a la ventura, siguiendo cada cual el método que le parece mas bien, o que mejor se adapta a sus ideas i carácter. De lo que resulta que se convierten muchas escuelas en lugares de reunion de niños donde se llora, se grita, se lee, se escribe; donde todo se hace, ménos aprender.

Aun cuando el maestro no tuviese mas que un niño de que ocuparse fúérale menester ser muy discreto i entendido para hacerle progresar sin perder tiempo. ¿Qué será, pues, habiendo muchos, tal vez hasta centenares a cargo de un maestro i un ayudante? ¿Cuánto cuidado, cuánto método, cuánto tacto i paciencia no les será preciso emplear si quieren enseñar de manera que se aprovechen así los mas aventajados como los de menores alcances; así los de índole apacible i dócil, como los tercos i obstinados; así los de atencion i laboriosidad, como los distraídos i perezosos?

En nuestro juicio una de las cosas que no debe olvidarse nunca el maestro de instrucción primaria es que la infancia se distingue por dos calidades muy notables, i que segun como se proceda con respecto a ellas los resultados serán muy provechosos o muy estériles, muy buenos o muy malos. Estas calidades son: 1.ª facilidad de recibir toda clase de impresiones; 2.ª dificultad de comprender muchas cosas a un tiempo. El niño puede compararse a una tabla rasa cubierta con una capa de pasta muy blanda donde es suficiente tocar muy ligeramente para que quede la huella del cuerpo que la ha tocado; puede de otro lado compararse con un frasco de cuello muy angosto que si se le quiere llenar de una vez el licor se derrama i apenas entran en él algunas gotas, cuando al contrario si se hubiese andado despacio en la operacion, se hubiera podido llenar del todo sin perder el licor que a él se destinaba.

Estas dos calidades si las tuvieran presentes continuamente los maestros podrían adelantar mucho mas en la enseñanza i producir mejores efectos en el corazón de los niños. La facilidad con que estos reciben toda clase de impresiones hace ante todo indispensable el mas escrupuloso cuidado en las doctrinas i en los hechos concernientes a la religión i a la moral. La esperiencia de cada dia nos va enseñando que el

hombre se reciente toda su vida de las impresiones recibidas en la primera infancia, i si nos fuera dable seguir el hilo de muchas vidas encontraríamos un asombroso encadenamiento que conduce al individuo por la carrera del vicio o de la virtud, del crimen o del heroísmo; i cuyo primer eslabon arranca de los ejemplos que se ofrecieron a sus ojos, o de las palabras que oyeron en la escuela o en el hogar doméstico. Quo semel est imbuta recens servabit odorem testatū, había dicho el poeta, i esta imájen que espresa una verdad importante debería recordarnos la delicada solicitud con que es necesario evitar que no entre en el tierno vaso licor venenoso o corrompido, para que no conserve mientras exista el mal olor con que se le haya infectado.

Fuera de desear que los maestros de primera educación no solo profesasen principios religiosos i morales, sino que tambien los pusiesen en práctica, es decir, que sería menester buscar para estos destinos hombres sinceramente mortijados, porque de otra suerte no es posible que los niños no presencien repetidas veces escenas que los escandalicen. Quién no está adhevido de corazón a las creencias religiosas podrá aparentar religiosidad por interes propio, por consideracion a los demas, i quizás hasta por el deseo de que los otros, sobre todo los de tierna edad, no se aparten de la fe que él tiene perdida. Mas como la verdad es el estado normal del hombre, i la ficción continuada no es posible, resulta que a lo mejor se olvidan esta clase de actores de que estan representando su papel, i hablan u obran conforme a sus erradas doctrinas. El niño que casi siempre tiene fija la vista sobre sus superiores, que recoje con avidez las palabras que ellos pronuncian, tal vez sin advertir lo que dicen, que observa todos los actos de las personas que ejercen sobre él alguna autoridad, i que ademas tiene una fuerte inclinacion a referir todo lo que oye a imitar lo que ve, considera como de poca importancia lo que ha llegado a notar que es reputado como de escaso valor por aquellos a quienes respeta; así como venera profundamente lo que ha visto venerado por las personas que le gobiernan. Una espresion, un gesto que se le escapara al maestro en el acto de enseñar la doctrina cristiana o la práctica de algun acto religioso, bastará quizás para hacer brotar en aquellas almas tiernas un pensamiento maligno, que despues se convertirá en duda o en desenvuelta impiedad. En vano procurará estar sobre sí, quien há de aparentar continuamente fe que no tiene, i veneracion i acatamiento a objetos que desprecia; en vano para encubrir el estado de su conciencia afectará tal vez un celo i entusiasmo que está muy lejos de espermentar; en la misma exajeracion de sus palabras i acciones dará que sospechar a los alumnos dotados de alguna penetración; si esto no acontece, vendrá un momento de descuido que se hará notar tanto mas cuanto será mas vivo el contraste.

Por estas razones sería de desear que la primera educación no estuviese únicamente a cargo de personas que no tengan en ello otro objeto que el ganar su subsistencia; porque el interes, si bien es muy sagaz para proporcionar recursos al individuo que por él se mueve, pudiendo por cierto tiempo compaginar actividad i hasta apariencias de celo, no obstante es flojo cuando cesan de correr peligro los bienes materiales que forman su objeto, i difícilmente se hace capaz de practicar un sistema por tiempo muy dilatado si esto exige sacrificios algo penosos. Estos sacrificios los exigen ciertamente las tareas de la primera educación, pues no cabe oficio mas molesto i que demande más asiduidad i paciencia, a no ser el cuidado de los enfermos. En Francia i otros países se ha conocido esta verdad, i así es que se protejen i fomentan aquellos institutos religiosos que tienen por objeto la educación e instrucción de los niños pobres. La clase menesterosa es la que mas necesita este auxilio, porque escaseando de recursos para estimular el interes individual de los maestros, le es preciso recurrir a sus hijos a la escuela sin poderles

proporcionar ninguno de aquellos medios de que en tales casos acostumbran a valerse las familias acomodadas.

Se ha reconocido ya generalmente que los hospitales no pueden ser bien atendidos no estando encomendados a la caridad personificada en alguna institución religiosa; se ha reconocido que el interés del salario es insuficiente para ejercer sobre el corazón aquel influjo constante, eficaz que es indispensable para someterse a un tenor de vida fatigoso i repugnante; se ha reconocido que la abnegación que para esto se ha menester, no puede dimanar de consideraciones puramente mundanas, sino que es indispensable que nazca de la religión que íntimamente señorea todos los resortes del corazón humano. La instrucción primaria es ciertamente una de esas tareas fatigosas i repugnantes, i por esto vemos que el catolicismo sumamente pródigo para acudir a todas las necesidades, no olvidó fundar institutos cuyo objeto fuese la educación e instrucción de los niños de la clase pobre.

En el estado actual de la sociedad es tanto más indispensable valerse de este recurso, cuanto que es sumamente difícil encontrar el número suficiente de maestros que con la correspondiente idoneidad reúnan las creencias religiosas i una conducta moral i ajustada. Tal es el vértigo de las ideas, tal la corrupción de costumbres, tal la disipación que lleva distraídos los ánimos de la juventud, que es sumamente peligroso, que quien está encargado de ilustrar el entendimiento i formar el corazón de la infancia, emprenda quizás muchas veces esta augusta tarea, después de haber hecho alarde de incredulidad i escepticismo i de haberse entregado a los excesos de una vida relajada. Seméjante daño no se experimenta si el individuo pertenece a un instituto religioso; porque sometido a una regla invariable, sujeto a la voluntad del superior, vigilado por sus propios compañeros, se ve en la necesidad de observar una conducta arreglada, aun cuando a ella no le impulsase el deber de la conciencia. El niño se acostumbra desde su más tierna edad a considerar el oficio del maestro como una cosa hermanada con la religión, aprende a un mismo tiempo lo que le interesa saber según la carrera a que se destina, i se va ejercitando en las santas prácticas que después le quedan como otros tantos hábitos de los cuales o no se desprende nunca, o no se olvida de tal suerte que le sea difícil volver a ellos cuando ha pasado el hervor de la inesperta mocedad.

La otra calidad de los niños, a saber, la dificultad de comprender muchas cosas a un tiempo, indica cuán necesario es que se emplee en la enseñanza un método sumamente sencillo, pues que jamás se cuidará lo bastante de remover los obstáculos que detienen la marcha de una inteligencia que da los primeros pasos.

Jeneralmente hablando parecemos que se cultiva demasiado la memoria de los niños i se cuida poco de desarrollar su comprensión. Se los acostumbra a decorar muchas páginas de una tirada, se los hace estudiar para este efecto largas horas, se estimula su amor propio con la emulación, con la esperanza de premio o el temor de castigo, para que no falte ni una sola sílaba a la lección que han de recitar, i entre tanto no se procura despertar su inteligencia i se la deja ociosa i atontada.

¿Cuántos son los niños que os dirán el catecismo de un extremo a otro, i no obstante son incapaces de explicar con acierto el sentido de una sola línea? En prueba de esto, desvíalos en las preguntas del orden en que las han encontrado en el libro, servíos de otras palabras precisándolos de esta suerte a mudar también ellos las suyas, i notaréis que a una pregunta le aplican una respuesta enteramente disparatada, tomada al acaso de otro lugar del catecismo, dando así a entender que recitan por pura rutina, i que se ha llenado de palabras su imaginación, mas no de ideas su entendimiento.

¿Créese por ventura que los niños a la edad de

ocho o nueve años, no son capaces de formarse ideas claras i exactas de muchos objetos, con tal que les sean presentados con la sencillez i buen orden correspondientes? ¿Por qué al propio tiempo que se les hace decorar el catecismo, no se les podría presentar en pocas palabras i en pequeño número de lecciones la historia de la religión, i obligarlos a referirla ellos mismos, prescindiendo de los términos del libro que les sirviese de texto? No se nos diga que esto es imposible, porque a cada paso oímos a un niño refiriendo historietas pertenecientes, o a él, o a sus compañeros, o a su familia, o a otra conocida, o al pueblo en que vive: cada día los estamos oyendo que narran con admirable puntualidad i quizás con notable viveza i colorido, lo que oyeron contar de las apariciones de un muerto, de los secretos de una bruja, o las travesuras de un duende, ¿por qué, pues, no se les podría enseñar a conocer el encadenamiento de la historia de la religión, de suerte que empezando desde la creación del mundo reuniesen en breve cuadro la caída del hombre, el diluvio universal, la vocación de Abraham, la historia de Moisés, los prodigios de la salida de Egipto, la peregrinación por el desierto, la entrada en la tierra de promisión i los principales acontecimientos del pueblo escogido, haciendo notar su origen, los medios admirables de que Dios se valia para hacerle conducir a su destino, el objeto que se propuso Dios en la vocación del primer Patriarca, lo que figuraba el pueblo de Israel con su religión, sus leyes i sus costumbres, el íntimo enlace que todo tenía con la venida del Salvador, como se pasó de la ley antigua a la nueva, fundándose la Iglesia católica en que felizmente vivimos, i finalmente todo cuanto se refiere a la debida inteligencia de los dogmas i de la moral de nuestra religión sacrosanta? Todas estas cosas las aprende el niño de memoria, pero las recita sin saber lo que dice, i por consiguiente no las sabe. Para que pudiera afirmarse que las ha aprendido realmente, sería menester que fuese capaz de referir una parte cualquiera de esta historia, no necesitando valerse de las mismas palabras que halló en el libro, sino empleando otras que le ocurriesen como lo verifica cuando refiere sucesos que no ha aprendido por rutina, sino porque los ha oído contar o lo ha visto por sí mismo.

Con este trabajo se lograría preaver el olvido que tan fácilmente destruye el fruto de los sudores de maestros i discípulos, lo que se entiende bien difícilmente se borra de la memoria; lo que se sabe literalmente sin comprender el sentido, es poco ménos que imposible el retenerlo; además que aun cuando se retenga, ¿qué vale el estar la cabeza llena de palabras i vacía de ideas?

Lo que acabamos de decir con respecto a la enseñanza del catecismo i de los elementos de la historia de la religión, puede extenderse a todos los objetos en que se instruya a los niños; el ejercicio de su inteligencia sobre lo mismo que han aprendido de memoria debiera extenderse a los principios de buena crianza, a las reglas de aritmética, a las de leer i escribir; en una palabra, a todo aquello en que se les ocupa.

Mas esto debiera hacerse no olvidando nunca lo que mas arriba hemos hecho notar sobre la dificultad que experimentan los niños en comprender muchas cosas a un tiempo; fuera preciso tener sumo cuidado en presentarles las cosas por partes, i con orden apropiado para auxiliar la inteligencia i la memoria. No se crea por esto que con dicha sencillez sea incompatible la exactitud de las ideas, antes al contrario, de esta exactitud son compañeras naturales la sencillez i la claridad. Cuanto mas exacta es la idea que espresa un objeto, cuanto mas exacta es una palabra que espresa una idea, tanto mayor es la claridad de una i otra. La confusión lleva consigo la oscuridad; el que está mal deslindado jamás se presenta bien claro.

El entender no solo las cosas sino tambien la razon de ellas, se juzga comunmente tarea superior a la comprension de los niños, i esto acarrea que no se les enseñe la razon de nada de lo que practican o aprenden; bien que a decir verdad esta errada costumbre tambien proviene en gran parte de la ignorancia de los maestros. Qué inconveniente habria, por ejemplo, en que al enseñar los principios de aritmética se procurase hacer comprender a los niños con observaciones claras i sencillas la razon de la regla que practican? Semjante descuido produce el fastidio que naturalmente enjendran tareas en que se procede del todo a oscuras, i hace ademas que se olvide con tanta facilidad lo que se ha aprendido con mucho trabajo. Ateniéndonos al mismo punto que hemos indicado, todos sabemos lo que comunmente suele decirse, de que nada se olvida con tanta prontitud como la aritmética; i no es raro ver muchachos que habian adelantado bastante en ella, i que sin embargo ni aun recuerdan las cuatro reglas fundamentales. I esto ¿por qué? Porque se les ha enseñado la rutina de la numeracion sin hacerles notar las razones que esplican su hermoso mecanisimo; se les ha enseñado a practicar las reglas de sumar, restar, multiplicar i dividir sin esplicarles por qué los datos se colocan de esta o aquella manera, por qué se hacen con ellos estas o aquellas operaciones. De suerte que en no teniendo el niño una memoria tal que pueda retener exactamente todas las reglas, que es felicidad poco comun, no sabe a donde volverse tan pronto como ha perdido de vista los casos en que se ejerció en la escuela.

No es verdad que la aritmética si llega a comprenderse, no solo su práctica, sino tambien la razon de sus reglas, sea tan fácil de olvidarse como ordinariamente se cree; al contrario, sus principios son tan claros, las consecuencias que de estos dimanar son tan sencillas en sí i tan evidentemente enlazadas con los axiomas, que una vez que se haya fijado la atencion sobre estos objetos i se haya ilustrado la negligencia con algunas aplicaciones a ejemplos variados, se clavan fuertemente en la memoria las reglas principales, i si alguna vez se olvidan hasta una lijera reflexion de quien las ha de emplear para que se renueven desde luego.

Aclararemos esta materia con algunos ejemplos sumamente sencillos. Notamos a cada paso que un niño a quien se propone un problema de sumar o restar en que los sumandos o los terminos de la sustraccion contengan un número desigual de guarismos, si no se la escribimos en el orden conveniente, se equivoca con mucha facilidad colocando los guarismos de distintos ordenes en una misma columna. ¿De qué dimana ese error? Dimana de que en su cabeza hai la mayor confusion de ideas, o mejor diremos, no hai ninguna idea sobre el motivo por el cual el primer guarismo de la derecha que espresa las unidades se ha de colocar debajo del otro guarismo de la derecha que espresa cantidades de un mismo orden. De suerte que si en un caso en que uno de los sumandos contenga tres guarismos i el otro dos, hacéis que las decenas del uno caigan debajo de las centenas del otro, i las unidades debajo de las decenas, de manera que los guarismos de ambos formen columna, no a la derecha, sino a la izquierda, i le preguntais si de aquel modo estaria bien asentada la regla, u os responderá afirmativamente, o al ménos si no cae en este error advirtiéndole la simple inspeccion de la figura el trastorno de la colocacion, no acertará a señalar la razon de esta diferencia, siéndole preciso contentarse con decir que en la escuela no lo enseñan así.

Todos sabemos por experiencia la confusion que nos causó en nuestra tierna edad la multiplicacion i division de los números denominados. No podia uno formarse idea de lo que venia a ser aquello de multiplicar varas, i pies, i pulgadas por pesos fuertes, reales i maravedises: aquella combinacion de cantidades tan disparatadas que nada tenian que ver entre sí dejaba el entendimiento sumamente confuso;

i si bien se aprendia maquinalmente la regla se olvidaba tan pronto como se dejaba de practicarla. No sucederia así teniéndose el cuidado de dar una idea bien clara de lo que son los números denominados, i del motivo por que se los combina en diferentes operaciones para obtener resultados de que a cada paso necesitamos en los negocios comunes de la vida. Con el tiempo la experiencia va enseñando la razon de estas reglas, i así es que los que se ejercitan mucho en las mismas, al fin adquieren con el uso el conocimiento que han menester para no equivocarse groséramente aplicando a un caso la regla que corresponde a otro totalmente diverso. No obstante no dejan de cometerse graves errores, i ademas siempre hai el inconveniente de ser preciso que pasen años hasta que se adquiere dicho conocimiento, cuando si se observa un buen método es muy fácil que los niños al salir de la escuela no necesiten esperar mas para resolver con acierto los casos que se les vayan presentando.

¿Qué confusion no producen en el entendimiento del niño las reglas de los quebrados? No es raro oír a personas adultas que jamas han podido comprender dichas, que se les olvidan muy fácilmente, i que en ofreciéndoseles una cuenta donde entren quebrados ya no saben cómo salir del paso, i que tienen que valerse del auxilio de un amigo.

¿I es por ventura que la inteligencia de los quebrados sea tan difícil como puede decirse? Ciertamente que no: ocupaos en explicar bien su naturaleza, fijad luego las ideas sobre lo que espresan el numerador i el denominador, asentad los principios en que se funda la variacion que el quebrado sufre por las alteraciones de uno cualquiera de sus dos terminos, i entonces no costará trabajo, ni aun a las inteligencias mas medianas, el comprender la razon de todas las reglas que se dan para las operaciones sucesivas.

Con estos ejemplos se ocha de ver que el secreto de ahorrar tiempo i fatiga, no es adelantar mucho de una vez haciendo practicar al niño crecido número de reglas en pocos dias, para que mil veces vuelva sobre ellas i otras mil no las entienda. Estamos persuadidos que si se trabajase algo mas en el desarrollo de la inteligencia de los niños, no recargado demasiado su memoria, sin dejar por esto de ejercitarla lo suficiente, se obtendrian resultados mucho mas sólidos i provechosos. Una inteligencia desarrollada a tiempo produce mejores frutos, no solo porque le queda mas espacio en el brevísimo trecho de vida que nos ha sido otorgado, sino tambien porque desenvolviéndose sus facultades intelectuales al par que las físicas, se evita el inconveniente de que las pasiones absorban la razon, i con el crecimiento del cuerpo permanezca como adormecida i sepultada el alma.

Es cierto que así para el espíritu como para el cuerpo no conviene una precocidad excesiva, i que es menester en la educacion de la niñez recordar aquella máxima de que el tiempo no respeta nada de aquello en que no ha tenido parte; pero esta consideracion muy fundada i prudente en nada se opone al desarrollo suave i oportuno que estamos aconsejando. Descemos únicamente que se destierren de las escuelas esos métodos rutinarios en que todo se hace maquinalmente, en que el niño encajonado como una pieza en un gran cuerpo sufre la comprension que le fastidia de sus tareas sin reportar ni de mucho el debido provecho. Queremos que las escuelas de instruccion primaria al paso que sirvan para comunicar a los niños las nociones propias de su edad, sean tambien un semillero de ideas mas aventajadas i de orden superior, no precisamente porque estas se las deban enseñar los maestros, sino por lo que pueden contribuir con métodos oportunos a desenvolver aquellas tiernas inteligencias que esperan para desplegarse el calor de otra inteligencia mas formada, como la flor que abre su capullo al tocarla los rayos del sol.

(8)
Tales se
occur
la
Sama
daga
Desarrolla
facultades
de la
h
- Evitar
los
absorber
la
Escuela
Destru
le
Es

Práctica
de la
aritmética
de la
aritmética
de la
aritmética

(9)

180